

Jesucristo. No olvidemos que su idea acariciada es dispensarnos sus favores: por ella busquemos al divino Salvador teniendo presente que el que á María encuentra halla la vida y la salud en el Señor: *qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem á Domino.*

Pidámosle ahora al Señor que así como envió á los ángeles para que trasladasen aquella casa, donde habitó la Santísima Virgen, se digne enviarlos á la hora de nuestra muerte para que trasladen nuestras almas al templo de la verdadera inmortalidad que es la Gloria. Amen.

## SERMON

DE

### NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA <sup>(1)</sup>.

*Ego Mater pulchræ dilectionis..... et sanctæ spei.*

Yo soy la Madre del amor hermoso.....  
y de la santa esperanza.

Eccli. cap. XXIV, v. 24.

Real y muy ilustre Hermandad: Cuando Jesucristo decia á sus discípulos: *Yo soy la verdad* (2), curaba la mortal herida que el error habia abierto en el corazon por efecto del pecado. Cuando á continuacion añadia: *Nadie viene al Padre sino por mí* (3), les enseñaba que por sus méritos, por su muerte y por su sangre obtenia la humanidad la dicha de la reconciliacion, siendo El, único mediador de propia autoridad y escelencia, interpuesto entre el Dios ofendido y el hombre delincuente. En suma, cuando pendiente de la cruz, y próximo á exhalar el postrimer aliento, esclama: *Mujer, he ahí á tu Hijo. Discípulo, ahí tienes á tu*

(1) Predicó el autor este sermón á la Real é ilustre Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, establecida en la Iglesia Parroquial de Santiago de Madrid, año de 1864.

(2) *Ego sum veritas.* Joan. cap. XIV. v. 6.

(3) *Nemo venit ad Patrem, nisi per me.* Ibid.



*Madre* (1), dá á la bendita Virgen que le habia concebido en sus entrañas un título, origen de los mas bellos sentimientos, y al hombre un áncora de ESPERANZA, asido al cual pueda salvar con felicidad el embravecido mar de los peligros mundanales, á través de las furiosas olas de la sensualidad y las demas pasiones. Nadie ha explicado mejor el precioso legado del Salvador, que San Bernardo al pronunciar estas palabras: *ad Jesum per Mariam*. Y hé aqui, señores, explicado el gran misterio de amor que desconocen los que por sistema combaten el espléndido culto que en la universal Iglesia se ofrece á la Virgen-Madre, y la esperanza de salvacion que en ella fundamos los cristianos. ¡Encadenamiento magnífico de eternas verdades, cuya sola consideracion hace rebosar los corazones en las mas dulces expansiones de amor y fiel correspondencia. Jesucristo es la verdad; luego la profesion y observancia de su doctrina nos aparta del error, homicida de la humanidad. Al Padre se llega por Jesucristo: ¡ah! en este caso la Iglesia de Jesus es el arca de salvacion que nos hará descansar en los altos montes de la Gloria. La que es Madre de Dios, lo es tambien de los humanos: escala celestial por donde Dios bajó á la tierra, por ella los hombres pueden subir al cielo. Si antes de la plenitud del tiempo fué objeto de la Expectacion de los Patriarcas y demas justos, hoy es el consuelo de los afligidos, como la llama la Iglesia, y la esperanza de los delincuentes, segun el idioma del Justiniano.

Nestorio se propuso arrancar de la corona de María la mas bella flor que la engalana, y combatiendo su

(1) Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

Maternidad divina, se mofó de los que la llaman su esperanza. Un Concilio general reunido en Efeso, declara que María es verdadera Madre de Dios. San Cirilo de Alejandría pronunciando en la santa asamblea una Homilía en defensa de la ultrajada Virgen, deleita el espíritu al par que inflama el corazon. Los católicos de todas las localidades unieron sus voces á la del inmortal Cirilo y demas obispos allí congregados, y cantaron á voz en grito las glorias de María. Desde entonces han transcurrido catorce siglos. Nos hallamos en pleno siglo XIX, y no aparece un nuevo Nestorio para el que servirian de sarcasmo las citadas palabras de San Bernardo, *ad Jesum per Mariam*, pero en cambio nos encontramos con un Renan que de una plumada pretende arrancar á Jesucristo la aureola de su divinidad. El pirronismo disputa el trono á la fé. No dejaré, señores, de llamar vuestras atenciones hácia un fenómeno curioso por demás. En el siglo V hemos visto un hereje henchido de soberbia, y un Concilio pulverizando sus funestas novedades: en aquel Concilio resonó la elocuente voz de un San Cirilo, denodado campeón de la verdad. En el siglo XIX, se adelanta la verdad que parece salir al encuentro del error. Pio IX rodeado de obispos de todos los paises católicos, declara dogmáticamente que la Bienaventurada Virgen María fué exenta en su Concepcion de la mancha original, por especial gracia de Dios Omnipotente, atendidos los méritos de Jesus, Salvador del linage humano. Ocho años despues de esta declaracion aparece el nuevo heresiarca diciendo: «Jesucristo no es Dios, por consiguiente María no es Madre de Dios.» Mas las impías proposiciones del desgraciado Renan, quedan ahogadas por la voz unánime de todo el cristia-



nismo que adora á Jesus Redentor y bendice á María Co-redentora en cuyos lábios pone la Iglesia estas palabras: Yo soy la Madre del amor hermoso y de la santa Esperanza. *Ego mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.*

Señores: cuando por una parte la devoción que profeso á la bella imágen objeto de los presentes cultos, y por otra, motivos de gratitud y debida correspondencia á esta Real é ilustre corporación me han hecho ocupar en la presente mañana la cátedra de la Religión, para hablar de MARÍA *Esperanza de los pecadores* no será modestia en mí el confesar mi insuficiencia, ni demasiada condescendencia en vosotros el dispensármela, conociendo en vuestra superior y privilegiada inteligencia, que asunto tan sublime como el que ha de ser objeto de la presente oración, reclama un orador de mas talla, mas diestro en manejar los recursos oratorios, y mas conocedor del arte del buen decir, que el que al presente tiene la honra de dirigirnos la palabra.

No creo pueda causar estrañeza la protesta de mi insuficiencia, puesto que de todos es sabido que los asuntos sublimes deben ser tratados por grandes oradores. Empero ya que pesa sobre mí el cargo de desempeñar este ministerio sagrado, estamos ya en el caso de presentar la proposición sobre la que ha de basar este, que no sé si llamaré discurso ó dulce expresión de mi amor á la benéfica Madre de Dios y de los humanos. Oidla: *si la sociedad actual ha de curarse de la herida mortal que en ella ha causado la incredulidad, no tiene otro medio que volver á Jesucristo, por María Madre del amor hermoso y de la santa Esperanza. Ego Mater pulchræ dilectionis.... et sanctæ spei.*

Para el mejor desempeño, imploramos los auxilios del Señor, por medio de esta su Madre Santísima. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

La sociedad actual está herida de muerte: un malestar que priva del sosiego y la tranquilidad de alma aqueja á todos sus individuos: la juventud como la ancianidad, agítase en un continuo movimiento: todos buscan una cosa que parece huir de los que caminan en pos de ella, y esta cosa no es otra que la verdad.

No negaré yo al siglo XIX el título que se le ha dado de siglo del *progreso*. Hombres dotados de claro talento y rara invectiva hanse propuesto mejorar la condición humana. Asi admiramos cada dia nuevos descubrimientos, y hacemos justos elogios de los que sorprendiendo á la naturaleza sus secretos se hacen benéficos á la familia humana, dando continuos empujes á las ciencias y á las artes, al par que los hombres de estado, pasan penosas vigiliass discurriendo los medios de perfeccionar la sociedad haciéndola dar pasos agigantados en la senda de la civilización. Sin embargo, y á través de tantos adelantos, el mal-estar sigue, la enfermedad se dilata y se agrava, puesto que la verdad no se encuentra. Si al progreso en las artes y en las ciencias; si al progreso en el perfeccionamiento de las leyes, se hubiese añadido el progreso en la religión, entonces el mal que lamentamos hubiese terminado, porque se habria hallado la verdad porque anhelamos. La electricidad, señores, nos pone en comunicación continua con



nuestros hermanos que habitan en apartadas regiones. El vapor convierte en un paseo ó reunion de familia, lo que antes fuera un penoso y dilatado viaje: pero el vapor ni la electricidad, esos motores cuyo invento arrebatan nuestras atenciones, tendrán jamás fuerza para conducirnos al fin último para que hemos sido criados. ¡Oh! ¡Qué esto es lamentable! Dios ha favorecido de un modo extraordinario á la actual generacion, dotando la inteligencia humana de superiores luces y de útil invectiva, pues que nada tenemos que nos debamos á nosotros mismos: desconocido este principio por nuestros grandes hombres, rechazan á Dios del seno de sus juntas, adjuran de El, y créense suficientes. ¡Qué delirio! Como si pudiera haber mejora verdadera sin la mano de Dios. ¿Conoceis ya la causa de los males de la sociedad presente? ¡Ah! Que Jesucristo pronunció una gran verdad, una verdad de la mayor importancia para la sociedad como para el individuo, al contestar al tentador maldito: *No con solo pan vive el hombre...* (1).

Para que conozcais, señores, que la civilizacion, el progreso, la libertad son vanas quimeras, separados de la religion, fijad vuestra atencion en el horrible drama de la revolucion francesa: hombres esclarecidos anunciaban una era de felicidad y ventura: las artes y las ciencias progresaban visiblemente, la civilizacion en una palabra hacia rápidos progresos; pero era una civilizacion sin Dios, porque los que amaban al progreso adjuraron de la Divinidad, dando por resultado tal conducta, que la nacion cuyos monarcas llevan el honroso título de

(1) Non in solo pane vivit homo... Math. cap. IV. v. 4.

cristianísimos, viniese á retrogradar hasta los últimos límites de la barbárie y de la impiedad.

¿Quiénes fueron los padres y guias de esa espantosa revolucion que forma una página de sangre en la historia del pueblo de San Luis? El coronado sofista Federico, que desde sus estados daba los planes á Voltaire inícuo, patriarca de la impiedad, al que invitaba para celebrar las exequias de la Iglesia de Jesucristo, diciéndole que tendria el consuelo de componerla el epitafio, pues que ya solo podia salvarla un milagro (1). Así lo creía Voltaire, este hombre henchido de satánica soberbia que se tuvo á sí mismo por mas sábio y poderoso que el mismo Jesus. La escuela filosófica capitaneada por aquel inmundo apóstol del cinismo, y de la que salieron discípulos tan aventajados como Diderot, D'Alembert y otros sus secuaces, logró el fin que se propusiera, y no se valió de otro medio que el de apartar la sociedad de Dios. Civilizacion sin Dios! ¡Civilizacion arrancando á la sociedad sus creencias religiosas! Hé aquí el resultado preciso, y que se vió en la época y en el reino á que nos referimos. Viles palaciegos que se gloriaban en hollar todo principio de autoridad, y en no reconocer otra ley que los caprichos del corazón y las veleidades de la fantasía, hicieron sumergir el trono en un mar de sangre con tiros parricidas: la cabeza del mejor de los reyes, del desgraciado Luis XVI rodó por el cadalso: la virtud fué escárnecida, el vicio denominado virtud, y arrastrada aquella sociedad por el mas escandaloso cinismo á un estado de funesta anarquía, así en el orden religioso como en el político, convirtió el ateismo en re-

(1) Correspondencia entre Federico II y Voltaire. Carta 5.



ligion, y al par que apagaba la lámpara del santuario, paseaba en triunfo á la diosa de la razon, cortésana impura á la que honraba con las mas horribles hecatombes. En vano, señores, buscaremos en la funesta era á que nos referimos costumbres con pudor, moral con sólidos fundamentos, derechos respetados, propiedad con garantías, vínculos en las familias, ni dignidad en los individuos. Todo era confusion, desorden y trastornos. Y no falta (admirar las aberraciones de la menguada inteligencia humana) quien llame á este estado de cosas, civilizacion, progreso, libertad.

Fijar ahora, señores, vuestra vista en los primeros años del presente siglo, hijo y discípulo aventajado de su anterior el siglo XVIII. La Europa que inútilmente habia querido resistir al auxiliador y heredero de la revolucion filosófica se postró ante un conquistador tan audaz como afortunado, y el torrente impetuoso arrastró tras sí, príncipes, reyes, ejércitos y naciones. En los dias mismos en que las naciones se hallan agitadas, Dios efectua un prodigio admirable en favor de su Iglesia, y que forma un nuevo eslabon en la interminable cadena de los innumerables que habia verificado desde el nacimiento del cristianismo. ¿Y cuál fué este prodigio? Bien sabeis, señores, que contra la Iglesia eran dirigidos los tiros del filosofismo: que el conquistador que sostenia las riendas de la Europa, y que miraba con desden los rayos del Vaticano, hizo verter lágrimas de desconsuelo al augusto sacerdote que ceñia en sus sienes la triple diadema. Pio VII, digno sucesor del inmortal Pio VI, fué perseguido y espatriado; pero si registráis la historia, vereis que el Vicario de Jesucristo, sin mas auxilio que

el de Dios, sin otras armas que el poder de su palabra y las oraciones de los fieles, despues de resistir con valor las persecuciones y animar á los buenos fundándose en las promesas de Jesucristo, entra triunfante en la capital de Roma entre los vítores y aclamaciones de sus fieles súbditos. ¿Y qué se hizo del coloso que quiso eclipsar la gloria del gerarca supremo de la Iglesia? Desapareció confundido y concluyó sus dias, no rodeado de la pompa y magestad real, ni á la vista de su denodado ejército, sino en el rincon de su confinamiento. Todo esto quiere decir, señores, que los males que viene experimentando la Europa, que los continuos trastornos que vienen agitando sus destinos, que las espantosas revoluciones que cual torrente devastador ha arrastrado en pos de sí la más florida juventud, todo es efecto de haber querido prescindir de Dios y de su religion al pretender arraigar la civilizacion en los pueblos.

¿Qué esperais vosotros, reformadores de la época, hombres que os decís amantes de la Sociedad, de esa juventud á la que enseñais á no temer á Dios, á despreciar su divina ley, á vivir en suma sin mas regla de conducta que el capricho? ¡Ah! Que tal vez sin conocerlo vosotros contribuís al desquiciamiento de la sociedad. ¿Creis por ventura que podrá jamás respetar las leyes humanas, el que menosprecia las divinas? ¿Qué será buen ciudadano el que se precie de mal cristiano? No os quejeis, ni os lamenteis cuando siéndooos adversa la fortuna, os veais humillados y tal vez hechos la mofa de aquellos mismos que os adulaban cuando estabais en el apogeo de vuestra grandeza. Serán los frutos necesarios de vuestra doctrina y enseñanza.



Desengañémonos, señores, la sociedad está resentida, digo poco: la sociedad está herida de muerte: el cáncer de la incredulidad corroe sus entrañas: perniciosas y anticatólicas doctrinas vienen estinguendo la fé en los corazones, y la sociedad viciada, la sociedad corrompida, la sociedad sobre la cual el ángel de las tinieblas y de la impiedad cierne sus negras alas, tiene un solo medio de salvacion, y esté medio no es otro que volver á Jesucristo, del que se ha apartado: Jesucristo es el camino, la verdad y la vida: si la sociedad, pues, sigue este camino, acepta esta verdad y ama esta vida, se consolidarán los tronos de los monarcas, porque será respetada la palabra de Dios que ha dicho: Que por El reinan los reyes, y los legisladores decretan lo que es justo: será respetado todo principio de autoridad, porque estará en la conciencia del hombre, que toda potestad viene de Dios, y que á la ordenacion de Dios resiste, el que resiste á la potestad. ¡Oh! ¡Que aspecto tan brillante y encantador, presenta una sociedad verdaderamente cristiana! Pues siendo así, si el bien de nuestra patria deseamos, si aspiramos á ser verdaderamente felices, trabajemos por nuestra parte á fin de que la sociedad, vuelva de nuevo á Jesucristo por la observancia de su divina ley: entonces sanará del malestar que le aqueja, y habremos encontrado la verdad por que nuestro corazon anhela, puesto que Jesucristo es la verdad. Jesus es tambien el camino ¿pero por donde nos llegaremos á El? Os repetiré las citadas palabras de San Bernardo: *ad Jesum per Mariam*. Por María encontraremos á Jesus, si la amamos, si nos acogemos bajo su manto de proteccion pues que ella es la Madre del Amor Her-

moso y de la Santa Esperanza. *Ego Mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei*. Veamos, pues, cuan fundada es la confianza que en ella depositamos.

## SEGUNDA PARTE.

El decreto de Dios en orden á la Encarnacion del Divino Verbo, tuvo por objeto rehabilitar á la humanidad. La carne y la sangre envilecieron al hombre y le hicieron caer de la altura de su dignidad degradándole hasta el término de hacerle semejante á las bestias. Hed aqui porque el Señor no señala otra causa para que no permanezca su espíritu en el hombre, sino que es de carne (1): y San Juan no se vale de otros términos que los de carne y sangre para distinguir los hijos de Dios, de los hijos de los hombres (2). Pues bien: Dios decreta que su Unigénito Hijo, se revista de nuestra carne para que lo mismo que nos habia envilecido sea lo que nos ensalce y nos eleve. Jesucristo hecho hombre se sacrifica por el hombre, satisfaciendo sus deudas, redimiéndole y haciéndole merecer la adopcion de Hijo de Dios. Bien podemos decir con un célebre contemporáneo, que la Encarnacion del Divino Verbo, fué el primer éstasis del amor del Omnipotente: pero yo veo desarrollarse, digámoslo así, y consumarse este amor en el Calvario, desde cuya cumbre magestuosa el mundo entero quedó envuelto en las nubes de la eterna misericordia.

No podemos fijar, señores, la vista en el Cal-

(1) Non permanebit spiritus mens in homine in æternum, quia caro est. Gen. cap. V. v. 3.

(2) Qui non ex sanguinibus. Joan. cap. I. v. 13.